

Fragmento del Ramayana

En cuanto Rama, el tigre de los hombres, hubo partido hacia las selvas, Dasarata, el rey antes afortunado, cayó en la desesperación. Llevaba seis días llorando a Rama, cuando este monarca famoso acordóse, a media noche, de que en otro tiempo había cometido una gran falta.

Al recordarlo, dirigióse a Kaosalya, y le dijo:

— ¡Si estás despierta, Kaosalya, escucha atentamente estas palabras! ¡En mi adolescencia, Kaosalya yo joven imprudente, orgulloso de mi habilidad y de mi destreza en atravesar con una flecha la bestia que viera por la oreja, cometí una grave falta. Por esto, aquella mala acción ha producido la desgracia que hoy me aflige.

“Aún no estaba casado contigo, reina, y sólo era presunto heredero de la corona; entonces, durante la estación de las lluvias, mi alma se inundó de dicha.

“En efecto, el sol quemaba la tierra con sus rayos, y cansado de recorrer las regiones del norte, se trasladó al hemisferio que frecuentan los manes. Deliciosas nubes cubrían los cielos, y se veía a las grullas, a los cisnes y a los pavos abatir alegres el vuelo. La tierra brillaba bajo su verde aderezo de césped, donde jugaban el pavo y el radiante cuclillo.

“En tanto que esta deliciosa estación transcurría, cargué dos carcajes a mis espaldas, y, arco en mano, me dirigí a las márgenes del Saryú. Así llegué a aquellas desiertas orillas, a donde me llevaba el deseo de tirar, sin verla, sobre una bestia, al ruido de sus pasos, confiado en mi destreza y en mi largo hábito en los ejercicios del arco. Me escondí en las tinieblas, siempre con mi arco en la mano, cerca del solitario abrevadero, adonde conducía la sed, durante la noche, a los cuadrúpedos de la selva.

De pronto oí el ruido que produce un cántaro cuando se llena de agua, y que semejaba el mugido de un elefante. Empulgué el arco con una aguda flecha, y, ciego por el Destino, le envié rápidamente al punto de donde procedía el ruido.

En el mismo instante que el dardo dio en el blanco, oyóse gemir la voz de un hombre: ‘¡Ah, estoy muerto! ¿Cómo es posible que haya sido lanzada una flecha a una asceta como yo?’

Fragmento del Ramayana

Temblando, turbada el alma por el temor de mi falta, arrojé de mis manos las armas. Me precipité al lugar donde se hallaba el anacoreta, y vi a un infortunado joven dentro del agua, con el corazón atravesado, y que llevaba la piel del antílope y el djata de los anacoretas. Tenía una profunda herida en la articulación. Fijó los ojos en mí, no menos infortunado, y dijo estas palabras, como si quisiera consumirme en el fuego de su ardiente santidad: '¿En qué te pude ofender yo, chatria, solitario habitante del bosque, para ser blanco de tu flecha en el momento que recogía agua para mi padre? Los autores de mis días, dos viejos ciegos desvalidos y sin apoyo de nadie, habitantes de la selva, esperan en estos momentos mi regreso. Has matado con una sola flecha, y de un solo golpe, a tres personas: mi padre, mi madre y a mí. ¡Ve inmediatamente, hijo de Ragú, en busca de mi padre, y cuéntale este fatal suceso para que su maldición no te abrase, como el fuego devora el bosque seco. ¡El sendero que ves conduce a la ermita de mi padre! ¡Ve pronto y aplácale antes de que su cólera no te maldiga! ¡Pero primero sácame la flecha, pues su contacto quema como el fuego abrasador del rayo y me impide la respiración! ¡Arráncame el dardo! ¡Qué no me sorprenda la muerte en esta actitud!

En estos términos me habló el joven a quien yo había atravesado con la flecha. Fuera de mí, arránquele con repugnancia, pero con un cuidado igual a mi deseo de conservarle la vida, la flecha que tenía clavada en el pecho. Mas apenas hube sacado el dardo de la herida, cuando el hijo del anacoreta, lleno de crueles dolores y con la respiración entrecortada, se agitó convulso un instante, movió horriblemente los ojos y rindió el postrer suspiro.

Cogí el cántaro y me dirigí a la ermita de su padre. Encontré a los viejos infortunados, ciegos, sin nadie que les asistiera, semejantes a dos pájaros de alas cortadas. ¡Sentados, esperaban a su hijo y hablaban por él: esperaban la dicha de su presencia ellos, a quienes yo había herido a su hijo!

Pero el anacoreta oyó inmediatamente el ruido de mis pasos, y me dirigió la palabra: ¿Por qué has tardado tanto hijo mío? ¡Dame agua en seguida! Yadjnyadata, amigo mío, te has entretenido jugando con el agua; tu buena madre y yo estábamos afligidos por tu tardanza! ¿Por qué no hablas?

Fragmento del Ramayana

Me aproximé dulcemente al viejo, y sollozando, tembloroso, con la voz balbuciente de terror, le dije: 'Yo soy un chatria, llamado Dasarata; no soy vuestro hijo: he venido a tu casa porque tengo noticia de un crimen espantoso. Yo había ido, santo anacoreta, arco en mano, a las márgenes del Sarayú, a espiar los venados que la sed conduce a sus aguas, pues mi placer consistía en derribarlos sin verlos. En aquel momento llegó a mí el ruido de un cántaro que se llena; dirigí la flecha hacia aquel sitio, y he herido a tu hijo creyendo que era un elefante. Después de arrancar de su herida la flecha, ha exhalado su último suspiro y se ha ido al cielo, no sin deplorar la suerte de vuestras santidades. Por ignorancia, ivenerable anacoreta! He matado a tu amado hijo...'

Quedóse el anacoreta un instante como petrificado al oír estas palabras; pero en cuanto recobró la lucidez de sus sentidos y la respiración, me dijo: 'Si fueras culpable de una mala acción, no me la habrías confesado tan espontáneamente. ¡Tu mismo pueblo habría sido castigado y se hubiera abrasado con el fuego de mi maldición! Pero como has muerto por ignorancia, por eso no has perecido ya, si no, la raza entera de los argüidas habría dejado de existir en esos momentos! ¡Condúceme inmediatamente, cruel, al sitio donde tu flecha ha muerto a mi hijo; donde has roto el báculo en que se apoyaba este viejo en su ceguera!'

Conduje a los viejos, profundamente afligidos, al lugar fúnebre, donde hice tocar al anacoreta y a su esposa el cuerpo yerto de su hijo. Impotentes para soportar el peso de tan gran dolor, apenas hubieron puesto la mano sobre el cadáver, exhalaron un grito de dolor y cayeron al suelo junto al cuerpo de su hijo. La madre gemía de un modo conmovedor: ¡Yadjnyadata! ¿No era yo para ti más cara que la vida? ¿Estás enfadado conmigo que no hablas?

Después, el afligido padre, enfermo de dolor, dirigió a su hijo _lo mismo que si estuviera vivo y palpando sus miembros yertos_ estas palabras: ¡Hijo mío!, ¿no reconoces a tu padre ni a tu madre aquí presentes? ¡Levántate! ¡Ven! ¡Coge nuestro cuello con tus brazos! ¿Oíré yo la próxima noche la lectura de los Vedas, con dulce voz, y con el mismo deseo que tú, hijo mío, de aprender los dogmas santos? ¿Quién nos traerá del bosque en lo sucesivo las raíces y el fruto silvestre para nosotros, pobres ciegos, que aguardaremos muertos de hambre? ¡Ve al mundo de los héroes, que no vuelvan nunca del círculo de las transmigraciones! ¡Ve, hijo mío; ve seguido de mi pensamiento, a esos mundos eternos, adonde van los que velan por la seguridad de los pueblos, y aquellos cuya palabra es la voz de la verdad!

Fragmento del Ramayana

En cuanto el infortunado solitario exhaló con su esposa esos lamentos, fuese a celebrar la ceremonia del agua en honor de su hijo.

Mas, en tanto que yo me mantenía delante del anacoreta, con las manos cruzadas, el santo penitente me dirigió este discurso: '¿Cómo es posible que seas nacido, hombre vil y presuntuoso, de la raza de los iksvákidas? ¡No te maldigo, pero escúchame bien!: ¡Lo mismo que yo abandonaré por fuerza la existencia, por no poder soportar el dolor que me produce la muerte de mi hijo, abandonarás tú, al fin de tu carrera, la vida, llamando en vano junto a ti al tuyo!

Bajo el peso de esta maldición volví a la ciudad, y al poco tiempo el risi expiró, ganado por la violencia de su dolor paterno. Sin duda, la maldición del brahmán se cumple ahora, pues el dolor y la memoria inconsolable de mi hijo precipita el respiro de mi vida.

Mientras que el recuerdo de Rama preocupaba al monarca, tendido sobre el tapiz del lecho, el astro de su vida se inclinaba poco a poco al poniente, lo mismo que la luna, a última hora de la noche, hacia occidente descende.

Cuando Kaosalya notó el silencio del monarca, poco después de sus lamentaciones, se dijo desolada: "¡Duerme!", y procuró no despertarle. Al amanecer, en el momento que el alba ilumina el día, los poetas encargados de despertar oficialmente al rey se distribuyeron alrededor de su cámara.

Cuando, a pesar de todos los esfuerzos, vieron que el monarca no despertaba después de la salida del sol, sus esposas, consternadas y temblorosas ante el muerto rey, gritaban: "¡Ay, señor, ya no existes!"

Referencia:
El Ramayana,

Sepan cuantos..., México, Porrúa, 1978